

Álex Prada

La parte blanda de la
montaña





Seix Barral Biblioteca Breve

Álex Prada

La parte blanda de la
montaña

© Álex Prada, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-322-4099-7

Depósito legal: B. 15.489-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Abrigo de piel de oveja, aquella oveja que su padre señaló con el dedo, aquella oveja que sigue presente con su olor cada vez que eleva los brazos o se golpea con las manos para vencer el frío. Dentro, una camiseta interior de algodón que se trajo del mercado de Naran Tuul cuando no tuvo más remedio que salir del campamento y pasar unos días en Ulán Bator, una camiseta lo suficientemente usada como para que se adhiera como una piel más. Pantalones de piel de oso con relleno de lana, ancho cinturón ceñido donde caben la botella de vodka y el arma, cuando hicieran falta; arriba, gorro de piel de vaca, siempre cuidadosamente blanco, cayendo a ambos lados cubriéndole las orejas, enmarcándole un rostro con cierto aire de niño ingobernable. O herido sin remedio. A los pies unas *gutuls* que ya perdieron el aire de la ceremonia, que ahora presentan la pátina de la contienda.

Una manta de piel de bisonte enrollada y atada a la espalda.

El zurrón con la comida, alimento para tres jornadas, un chusco de pan de centeno, tiras de carne seca de caballo, cuatro manzanas, una bolsa de arroz. Cubiertos de campaña, un jarro de latón, la pipa hecha de brezo que encontró olvidada en aquel tren, tabaco para dos semanas.

Y la Fortuna, el intangible refugio solidificado en una talla de madera de un soldado que se llevó de casa de su padre cuando salió de allí para no volver.

Y una navaja.

2

Un pellico de reno macho adornado en la pechera con el jugo de pétalos de pensamientos azules, cayéndole hacia delante y hacia atrás con el pelaje aún vivo, ceñido en las mangas hasta las muñecas. Pantalones de gamuza hasta los tobillos. Botas impermeables de piel de lobo. Lud secó e hilvanó los tendones a lo largo de brazos y piernas con su habitual precisión. Por encima, un poncho de piel de bisonte que también había moldeado Lud antes de irse para no volver. Una manta de piel de bisonte enrollada y atada a la espalda. Collar de molares e incisivos de oso de las cavernas. El grito silencioso del maquillaje, para creer en una misma y que la crean los demás, esos que quizá estén al otro lado de la cortina, al otro lado de las arboledas: dos líneas negras de carboncillo y grasa de ciervo trazadas con el índice y el corazón debajo de los ojos, otra en perpendicular desde la frente

hasta la base de la nariz, las manos untadas con barro y hierbas de la margen del río. Zurrón de piel de gamuza con cierre de hueso pulido; dentro, comida para tres jornadas, truchas al inicio, carne de caballo seca para el resto, trozos de panal envueltos en hojas frescas, ramas de romero para ahuyentar los malos olores y los malos presagios. Dira no lleva malos presagios. Para los malos vientos entonces, los que puedan aparecer detrás de las sombras, esos que vienen de alguna gruta de ponzoña.

Y las armas. Su lanza de madera rematada con la punta de los arpones, si atraviesan la piel de plata de las truchas podrán atravesar aquello que se presente como impedimento. El hacha corta, de la justa medida de su mano, como Brah le enseñó cuando hablaron de las distancias y las dimensiones y las formas del hueso y de la piedra. La azagaya, con el fémur de lince y la pluma de águila, hija sumisa del viento.

Y la Fortuna, el intangible refugio solidificado en dos guijarros de río, líneas blancas dibujando en sus costados la espiral de sus antepasados, antídotos del miedo y de la duda.

Y una flauta.

3

La inercia de las hogueras. Es lo único que le queda vivo a esa hora al campamento. Cuando sale de la yurta no hay colores ni sonido alguno, solo una densa niebla que lo congela todo. Khünbish lleva todavía pegados al cuerpo los últimos arrullos del sueño, la manta aferrada dentro de los puños, el picor en la piel del lado del cuerpo más cercano a la hoguera, el peso casi etéreo de su esposa Enkhtuya, *rayo de paz*, a su lado, que respira confiada, como si aquella fuera una noche como otra cualquiera. Pese a todo, ha podido dormir varias horas y lo agradece porque lleva la mente limpia, abierta, es capaz de reducir los millares de kilómetros que le quedan por delante dentro de una mano, resumirlo todo en un anhelo diminuto, simple, detrás del que se ensombrecen las enormes contrariedades que le esperan irremediabilmente.

—Padre, mañana saldré con usted.

Khünbish, que ya está lo suficientemente lejos como para perder cualquier señal del campamento, sabe que Dorji, *rayo de energía o diamante*, no lo decía a la ligera. Que es ya un hombre pese a sus doce años, que sabe reconocer qué escasea y qué guerra hay que empezar. Acaso no tenga todavía el músculo pero ya le ha crecido la voluntad. Lo ha dejado dormido, estuvo atento, todavía unos segundos, quién sabe si por última vez, al mecanismo de su pecho respirando el misterioso aire de la noche.

—Tendrás que ir a la escuela. Ese es tu trabajo ahora.

Los primeros pasos ya los da Khünbish orientado hacia el lugar remoto al que llegará dentro de algunas semanas, quizá meses. Cada recodo incipiente es crucial, está justificado. A la hora de camino nota el primer sudor por debajo de las pieles que le protegerán del frío. Cuando la niebla se ha disipado y aparece finalmente el paisaje, la enorme llanura que parece no tener fin, Khünbish siente el vértigo que le estaba esperando, el miedo necesario, natural, que tarde o temprano tenía que ocurrir, un enorme nudo en el mismo centro del estómago que por unos momentos le hace sentir que todo esto es una locura, que tiene que volver, que seguro que algo sale en el campamento de Gantulga, con los caballos o con los yaks. Que no está preparado para la lucha que acaba de asumir. Pero sigue. Los dos primeros días serán a

pie y eso le templará las dudas. Se encontrará con Otgonbayar para que le prepare un caballo a un precio razonable. Y luego el coche del chófer Bum y luego todo se difumina en varios viajes en autobús o tren o quizá remontar algún río en barca y otra vez a pie o quién sabe qué. La escalera de postas que tiene por delante, y que ha estado trazando en secreto durante meses, se le aparece resumida como si fuera un simple salto de un lado a otro de un charco y esa simplificación es lo que le salva de no mirar atrás, de no darse la vuelta. El cielo ya se ha abierto sobre su cabeza con sus mil tonos azules, con sus blancos y sus grises y sus haces de luz dorada, compensando en su infinita variedad la monotonía del camino.

—A qué olerán los colmillos una vez puestos en la superficie, tantos siglos allí enterrados. Cómo será su tacto, mármol, madera, hueso podrido.

Llevará andando ininterrumpidamente unas seis horas. Khünbish se detiene casi por inercia y le cae encima un silencio infinito. Mete la mano derecha dentro de su zurrón y comprueba por enésima vez que está todo en su sitio. A unos metros ve un puente de madera como última referencia de lo conocido. Una vez estuvo con una partida de caballos por esta zona, reconoce el extenso pinar al oeste, el torrente helado donde la manada tomó agua durante varias horas. A partir de ahí todo

será nuevo para él. Nunca ha viajado tan al norte como lo va a hacer ahora. Decide que antes de seguir tomará su primera comida. Se sienta sobre una piedra y observa el agua que ya empieza a bajar con los primeros golpes del deshielo, mientras tira mecánicamente guijarros al río. No va a volver atrás. Tiene que ponerse en pie y seguir adelante. Cruzar el puente y avanzar. Ir al otro lado de este río y a partir de ahí solo mirar adelante. De repente le invade el casi invencible arrebatado de gritar, de mandar todo lo que tiene dentro al aire, sacarlo en forma de bocanada desesperada.

—Esta vez no. Va a salir bien. Ahora. Esta vez no voy a perder.

Khünbish, *aquel que no es humano*, Khünbish el eterno perdedor, la víctima siempre, no ha conseguido gritar pero al menos le está hablando al río, al viento del norte, a las nubes, a los pinos. Nunca fue capaz de creerse las letanías que le enseñaron de pequeño, nunca ha sido bueno en eso de confiarse a ídolos, dioses, «sí lo lograré, oh, todopoderoso, yo también lo lograré», pero al menos está articulando todo aquello que en realidad no es más que un hablarse a sí mismo, un empujón que nadie le va a dar. Y entonces recoge el zurrón del suelo, recompone su abrigo y pone su primer pie en el puente.

—Yo también lo lograré.

Khünbish siente el picor en su mano derecha. Cierra el puño apretando ese mensaje de buen au-

gurio que hace tanto que no experimentaba. Sobre el puente, tiene un último aliento para su esposa, para su hijo; a esta hora ya habrán leído su carta de despedida, su escueta justificación. «Lo hago por nosotros, por un futuro...», y todavía no termina de creerse sus propias palabras, *nosotros, futuro*. Con la mente en otra parte, ya ha cruzado el puente, el picor de su mano le habla ahora con mayor intensidad. Todavía le quedan algunas horas de luz para llegar a su primer refugio, la yurta para turistas de un tal Kublai. Y no llueve y no tiene frío y no se siente cansado. Y está seguro de que va a volver con un futuro. «Futuro.»

—Cuánto pesarán, echados al hombro, esos condenados colmillos.